

# **I**

**UNA VISITA A GRANADA HACE  
RESURGIR EN MÍ  
LA PASIÓN POR LOS JARDINES**

¿Qué escribir sobre Granada que no haya sido ya escrito?  
 ¿Qué enseñarles que no sepan ya a los flujos de fervientes visitantes y de turistas agotados que en tropel se mueven entre sus muros desde el amanecer hasta horas avanzadas de la noche? Pocos lugares hay en el mundo que hayan suscitado una admiración tan unánime y, como consecuencia de ello, un diluvio semejante de literatura. ¿Significa eso que después de Chateaubriand, Washington Irving, Théophile Gautier, Maurice Barrès, Angel Ganivet y Paul Werrie no queda más que permanecer mudo delante de esta Acrópolis árabe a la que velan tres presencias a las que su densidad confiere un carácter augusto: el orgullo, la sombra y la frescura?

Si yo a mi vez abordo un tema tan trillado es debido a que no puedo resistirme al deseo de dar a conocer no lo que yo vi en la colina de los Reyes Moros, sino lo que Granada me recordó, o enseñó. Pues este fragmento de Oriente transportado a Occidente, con su profusión de verdor y de aguas rutilantes, hizo que de pronto volviera a florecer todo un mundo subyacente que yo llevaba en mí desde hacía ya muchos años, pero que vacilaba en formular hasta confrontar sus datos con los patios de la Alambra. Actualmente, es algo ya realizado. Y la lección que de ello extraje rebasó mis esperanzas.

Porque yo tengo pasión por los jardines. Son la otra vertiente y el contrapeso secreto de lo más visible que hay en mi vida. Me sentiría empobrecido y mutilado si no tuviera el recurso de refugiarme en ellos de cuando en cuando. ¿A qué se debe esta atracción, tan fuerte como la necesidad de beber cuando se está sediento? ¿Se debe acaso al hecho de que esos espacios sombreados fueron creados a imagen de la felicidad y que se siente una sensación de apaciguamiento tan pronto se penetra en ellos?

Obsérvese el comportamiento de las personas que entran en un jardín! Su paso se vuelve más lento, sus gestos se hacen menos impetuosos, su respiración más pausada. Todo en ello expresa un sentimiento de calma y de alivio. Parecen haber dejado a la entrada gran parte de sus

*¿Hay acaso que  
 permanecer  
 silencioso ante  
 Granada?*

*La otra vertiente  
 de mi vida.*

preocupaciones, como si súbitamente se encontraran en un universo diferente en donde la desgracia no pudiera ya alcanzarlos ...

Durante mucho tiempo deseé ver grabado en mi sepulcro este anónimo epitafio:

AQUÍ YACE UN CORAZÓN  
QUE POR ENCIMA DE TODO AMÓ  
LOS EJÉRCITOS  
LOS JARDINES  
Y LA MÚSICA

Y esto hubiera sido estrictamente verdadero pues, de manera concomitante con el amor por los ejércitos y la música, el amor por los jardines jugó un papel importante en mi vida. El arrobamiento en el que me hunden no tiene nada que ver con el interés pasajero de un paseante ocasional. Desde mi adolescencia me llamó la atención su significación profunda. Me proponía consagrarles una obra exhaustiva en la que los habría pasado en revista una última vez. Empero, temiendo no tener ya el tiempo para ello, debido a los pocos años que me quedan por vivir y a la cantidad de trabajos con los que estoy comprometido, había renunciado. Había inclusive tomado mi decisión. Y he aquí que una visita a Granada volvió a poner todo en el tapiz. De ahí estas páginas en las que intenté conservar lo esencial.

Una de las necesidades fundamentales del hombre – tan imperiosa como la de respirar, la de nutrirse o la de reproducirse – es la de *expresarse*. Esta necesidad se ha manifestado a lo largo de las edades de maneras tan variadas que es imposible elaborar su inventario. Pero se pueden agrupar sus manifestaciones en dos grandes categorías: las que engendran la acción y las que nacen del disfrute.

Pues «acción» y «disfrute» son dos dominios complementarios, tan indispensables uno como el otro para el florecimiento pleno del hombre. Nuestro siglo, que no

*Poderes  
creadores del  
disfrute*

tiene en la boca más que palabras de dinamismo y expansión, no concede valor más que a lo que resulta del trabajo, de la acción, del esfuerzo cotidianos. Pero está equivocado. Es porque el mundo actual perdió el sentido del disfrute al grado de no saber ya en qué consiste, que ofrece a nuestra mirada un rostro gesticulante.

Porque el disfrute no es, como se cree comúnmente, las horas de la vida «en las que no se hace nada». No tiene ninguna relación con la ociosidad o la holgazanería. Se trata de un estado eminentemente creador en el que el individuo, por no estar ya acaparado por tal o cual faena particular, recupera sus fuerzas dispersas, retoma conciencia de su totalidad y percibe más claramente la voz de sus aspiraciones profundas. En su primera *Égloga*, Virgilio da gracias a Dios por haberle proporcionado disfrutes – *Deus nobis haec otia fecit* – sin los cuales nunca habría podido componer su obra poética, y las *Geórgicas* y la *Eneida* no son poca cosa! Pesan bastante más que la actividad desenfrenada de los Césares de la decadencia, con sus intrigas sangrientas y sus perpetuos abusos de autoridad. Es gracias a ellas que tenemos tan alta opinión de la civilización romana.

Y lo que decimos de Virgilio – porque él fue de todos los poetas de la Antigüedad el que mejor supo formular las consecuencias benéficas del disfrute – podríamos decirlo de Catulio, de Propertio, de Horacio o de Lucrecio. Sin *Otium* no hay poesía, no hay pintura, no hay música. Tan poco hay elocuencia. Y, sobre todo no hay jardines. Porque la creación de los jardines es quizá la cosa más alta que pueda alcanzar la necesidad de expresión que tienen el hombre cuando abreva su inspiración en un estado de disfrute.

*El estado de disfrute, considerado como el dominio en el que mejor se ejerce la necesidad de expresión del hombre; la creación de jardines, considerada como la manifestación suprema del estado de disfrute, ¿no estamos acaso aquí en presencia de dos hitos que pueden ayudarnos a elucidar los enigmas que nos plantea la existencia de estos espacios adornados de árboles y de flores que el hombre no*

*La más alta  
concepción de la  
felicidad*

<sup>1</sup> Arthur Bryant, *The Age of Elegance*, Reprint Society, p. 311

ha dejado de diseminar a través del mundo desde que apareció sobre la Tierra?

Dando un paso más allá, diremos que el gran arte de los jardines corresponde, en ciertas civilizaciones, *al deseo de expresar, no de una manera abstracta sino tomando prestado de la naturaleza sus propios elementos, su más alta concepción de la felicidad.*

Dije «en ciertas civilizaciones». No todas en efecto sintieron esta necesidad. En algunas éste no se expresó más que de una manera débil. Sucedió inclusive que estuvo totalmente ausente. Porque no hay que confundir *el amor por los jardines* con *el amor por la naturaleza, el amor por sitios* o inclusive *el amor por las flores*. Son todos ellos cosas muy diferentes que tienden a menudo a excluirse.

Los egipcios, grandes arquitectos si alguna vez los hubo, edificaron las pirámides y una increíble cantidad de templos, pero no dejaron gran cosa en materia de jardines. No encontramos de ellos más que rastros ínfimos en su poesía y no mucho más en los restos de sus tumbas. Es mucho si una inscripción del Valle de los Reyes nos informa que «Amón le ordenó a la reina Hatchepsout que hiciera un jardín Deir-el-Bahari» (en Tebas) y que la soberana «envió al país de Punt una misión del cual le trajo árboles sagrados, en especial balsamodendrones, los cuales producían la mirra». En otra inscripción, Ramsés III se jacta «de haber plantado quinientos catorce jardines sagrados en honor de Amón». Finalmente una tumba construida hacia 1550 A. J. C. conservó un «estado de plantación» que nos permite imaginar la importancia de ciertas avenidas: 90 sicómoros, 31 perseas, 170 palmas datileras, 120 granados, 16 algarrobos, 8 sauces y 10 tamariscos. A pesar de todo, poca cosa para una civilización que se extendió a lo largo de varios milenios. Es cuando mucho si, de cuando en cuando, un estanque cuadrado necesario para la supervivencia de los pescados rojos o de los cocodrilos sagrados lo que viene a interrumpir la monótona sucesión de las piedras! ¿A qué atribuir esta penuria de verdor? ¿A la aridez del clima? ¿Es acaso porque la gran corriente del Nilo y los verdosos

*Los egipcios*

campos del Delta absorbieron todas las facultades creadoras de los egipcios en este dominio? El caso es que la civilización egipcia, tan prestigiosa desde tantos puntos de vista, no nos legó nada de muy original en relación con los jardines.

En cuanto a los griegos y los romanos, ellos tuvieron un sentido muy desarrollado *de los sitios*. Dieron ellos pruebas de genialidad cuando de lo que se trataba era de escoger la ubicación de sus ciudades, de sus templos, de sus santuarios y de sus ágoras. Piénsese en Delphos, en Eleusis, en Dafne, en Olimpia o inclusive en Epidauro, en Selinonte, en Leptis Magna. Les bastaba un bosque de olivos, de un antro tenebroso, de un promontorio rocoso cayendo de tajo sobre las olas del mar Egeo o de las cuevas del Helicón para evocar la radiante presencia de Apolo, las convulsiones de una Pitia o la llanura sembrada de asfódelos en donde las Musas se recreaban. Sin embargo, en vano se buscaría un arte de los jardines *específicamente* griego o romano. El famoso laberinto de Cnosos, en Creta, no expresa la felicidad del hombre sino más bien su tormento ante la complejidad de la vida, y la villa de Adriano, en Tibur, no es más que un decoro agreste, adornado con estatuas. Plinio el Viejo celebró la belleza del Jardín de la Hespérides. Pero, bien miradas las cosas, no era éste más que un bosquecillo de naranjos.

En cuanto a los jardines ingleses, cuyos méritos tanto se han ensalzado, dejando de lado los de Hampton Court, Badminton, Hatfield, Wilton, Chatsworth y algunos otros que son en realidad jardines «a la francesa» traspasados a Inglaterra – digamos de inmediato que son *pseudos*, por no decir *anti-jardines*. A quienes una afirmación semejante pudiera sorprender quedarán convencidos leyendo estas líneas de Arthur Bryant:

«En Mamhead, los dominios del lord Lisburne en el Devonshire, el viejo error que consiste *en torturar a la naturaleza* construyendo allí jardines en terrazas y disponiendo estanques y fuentes en los flancos de las

*Los griegos y los romanos*

*Los anti-jardines ingleses*

colinas, fue corregido a un precio de gastos y trabajos infinitos destinados a restaurarle al paisaje su belleza primitiva»<sup>1</sup>.

Este no es más que un ejemplo entre mil, pero es característico. Lo que la mayoría de los ingleses trataron de reconstituir alrededor de sus moradas fue un decoro dizque “natural”, a reserva de añadirle de cuando en cuando una nota de confort (un banco bajo un sauce llorón) o un toque pintoresco (una murmurante cascada entre rocas artificiales), lo que acentúa aún más el carácter ficticio. No digo que el resultado no sea agradable a los ojos ni inapropiado para propiciar los ensueños de un paseante solitario. Nadie duda tampoco que proporciona alguna satisfacción a las almas sensibles que harán siempre un esfuerzo por presentar el «regreso a la naturaleza» como el mejor antídoto para los vicios de la sociedad. Pero por su misma esencia – que es el rechazo de todo estilo susceptible de elevarlos al nivel de obras de arte y la deliberada voluntad por hacer de manera que se «fundan» en el paisaje – son las antípodas del «gran arte de los jardines» por el cual, como ya lo dijimos, «una civilización busca no copiar la naturaleza sino servirse de los elementos que ella le suministra para expresar su más alta concepción de la felicidad».

No todas las civilizaciones tuvieron esta ambición y siempre le faltará algo a las que estuvieron de ella desprovista. Pero seis pueblos se esforzaron por expresar su propio genio en este terreno: los chinos, los japoneses, los persas, los árabes, los toscanos y los franceses. Ellos nos parecerán siempre, si no más civilizados que los demás, por lo menos más conscientes de lo que su civilización tuvo de mejor.